

# Van al matadero

Pasaron niños enfermos pastor color oxidado cal miedo  
saliva moscas cerdos zaguán ojos volcánicos toros pensé.

**Santiago Casero González**

\*

Mención especial de Alejandra Pinto  
II Concurso de Poesía y Prosa Poética TODO POÉTICO  
( 2 0 0 7 - 8 )

\*

*Scenderemo nel gorgo muti.*

Cesare Pavese,  
*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.*

En fin..., este era el  
mundo. Yo, antes, no lo había visto nunca...

Me había tocado el turno de vivir.

Saul Bellow,  
*Ravelstein.*

Pasaron toros. La primera vez pasaron toros. Como en un sueño. Digo la primera vez porque entonces se rompió algo. O empezó. No sé. Pero tuve miedo. Recuerdo que tuve miedo. O tal vez no era miedo. Era algo más nuevo, más lento. Era angustia. Yo era una niña. Pasaron toros junto a la puerta de casa. Es el primer recuerdo que tengo de mi vida. Tenía tres años. Aparecieron doblando la esquina y su sombra cubrió de repente el mundo. Recuerdo que pensé: así que esto es la vida. Lo pensé, estoy convencida, aunque en esa manera tácita y un poco atolondrada en que se presenta el razonamiento en los niños y en los enfermos.

Los días siguientes continuaron pasando toros. Un pastor los acompañaba en silencio. Fumaba siempre. Llevaba, taciturno, una vara larga del mismo color oxidado que tenían sus brazos. Parecía una prolongación natural de sus manos sarmentosas. Siguieron pasando durante semanas. Volvían cada vez la esquina y colmaban el desfiladero de mi calle con sus cuerpos excesivos y palpitantes. Mi calle era muy estrecha: yo me sentaba en cuclillas a merendar en el escalón de piedra

del zaguán y veía fácilmente los desconchones de la pared de la casa frente a la mía. Apreciaba en la fractura de la cal significados simbólicos. Siluetas de personas, animales, letras. Pero también otras cosas que no comprendía aunque estaban ahí.

Fue entonces cuando supe lo que era el miedo. Los toros irrumpían de pronto arañando el esquinazo de mi calle con los poderosos odres de sus cuerpos traspasados de venas gruesas y negras y armados con costillares que subían y bajaban rítmicamente. Yo, en cada ocasión, tenía miedo. Y aunque de buena gana habría corrido a esconderme dentro del umbral, no podía apartar la vista de la queda procesión de bestias que pasaba ante mí. Yo creo que algo callado en mi interior me reclamaba en la calle apelando a cierto tipo de recónditas e irresistibles razones: con un trozo de pan en la mano, que de cuando en cuando ablandaba mojándolo con la saliva o pellizcaba con los dedos, permanecía sentada y alerta y veía pasar a los animales calle arriba. Algunas veces hacían derrotes en el aire con sus monstruosas cabezas para espantar a las moscas y yo me quedaba entonces inmóvil, sin respirar. El pastor les golpeaba enseguida en las patas y chasqueaba la lengua contra el cielo de la boca, de donde colgaba siempre una colilla húmeda y amarillenta. Supe así lo que era el miedo. Entonces, esto es la vida, me dije de nuevo. Nadie me había mostrado aún la manera adecuada de tener miedo y tuvieron que ser esos animales, su

piel brillante, negra, sucia, hinchándose al compás de una respiración afanosa, su calma atónita pero preñada de amenazas, sus párpados pesados, semivelados, su aciaga vecindad, en suma, los que me enseñaran una modalidad del miedo que lindaba con el estremecimiento que tiene lugar al borde de un abismo.

A veces también pasaban cerdos. Los cerdos me daban risa y me inquietaban de otra forma. Miedo no me daban. Eran animales resentidos y cómicos y transmitían un mensaje confuso con sus cuerpos de patas cortas y nerviosas. Les faltaba la mansedumbre triste de los toros. El semblante de los toros era el de una sabiduría resignada y antigua. El de los cerdos comunicaba en cambio una patética e inútil resistencia al destino.

Pasaron toros durante meses. O tal vez incluso años. El pastor, en medio de ellos, parecía congelado en el tiempo. El pastor era un reloj de arena mojada. Los toros, en cambio, eran cada vez diferentes. Eran diferentes y eran los mismos: un flujo de serena vitalidad que no tenía fin. Su perpleja estolidez los hacía indistinguibles entre sí a través de las estaciones. El tiempo parecía detenerse ante mi puerta al paso de los toros, pero, entretanto, los días, obstinados, seguían pasando uno tras otro y yo crecía

sentada en medio del escalón del zaguán, donde la tenacidad de las pisadas humanas había terminado ahormando la piedra.

Van al matadero, anunció mi madre un día. La primera vez que escuché la palabra “matadero” me sobrecogió aunque no la entendí bien. No la entendí pero intuí que estaba cuajada de presagios. Había algo en el sonido suave y frío de la palabra “matadero” que te ponía en guardia. La palabra “matadero” se destacaba entre las demás palabras como si tuviera relieve. Como si tuviera fiebre. Era una palabra-puñal, una palabra-infancia, una palabra-dolor. Era como si un relámpago la atravesara de parte a parte. Y un día, no sé cómo, la acabé de entender. Tal vez no fue de golpe porque estas cosas nunca acaecen de golpe. Se va acumulando un depósito hecho de certezas y de sospechas y un día te das cuenta de que comprendes cosas que antes no comprendías. La mañana en que eso ocurrió estaba aún en la cama. Me desperté, abrí los ojos y bajé corriendo a la puerta. Desde la calle llegaba ya el rumor de una respiración sofocada y lenta. Los toros, distintos e iguales, tristes, asomaban ya tras la esquina con su habitual fiereza contenida por la resignación. Ese día, cuando pasaron a mi lado, me pareció que volvían hacia mí sus ojos volcánicos, del mismo color que tiene el polvo justo antes de una tormenta. El pastor, apercebido, levantó por encima de su cabeza la vara en una mano y, sosteniendo la colilla en la otra junto a los resechos labios, les azotó con

precisión en lo alto del lomo y en la cerviz. Los golpes emitieron un zumbido sordo y seco, como si alguien gritara desde dentro de un saco de arena. Los toros enderezaron entonces mansamente la mirada hacia el final de la calle y siguieron su camino. Miraron más lejos. Miraron al lugar donde les aguardaba el matadero. Un matadero al fondo de una calle estrecha y oscura. Así que la vida es esto, recuerdo que pensé.

licenciado  
nacido  
recibido  
obtenido  
quedado  
seleccionado

**Licenciado** en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid. **Nacido** en Fuente el Fresno, Ciudad Real, en 1964, vive actualmente en Alcázar de San Juan, donde imparte clase en un instituto de enseñanza secundaria (I.E.S. Miguel de Cervantes Saavedra) y ha **recibido** algunos premios locales de literatura. Ha **obtenido** el primer premio del IX certamen de relatos Emilio Murcia, el accésit del XXIV concurso de cuentos en castellano “Gabriel Aresti”, el segundo premio del certamen de relatos “Villa de Torralba” 2006, el accésit del X concurso de cuento “Villa de Colindres”, el segundo premio del certamen de cuentos de la Fundación de Derechos Civiles “Todos somos diferentes” 2006 y ha **quedado** finalista en la edición anterior del mismo certamen, en el concurso de relatos de otoño “CEPSA-La Razón” en 2005, en el concurso de relato hiperbreve Fufosa 2007, en la XX edición del Certamen Literario de relato corto "Premio Joaquín Lobato", en la 1º edición del concurso de relatos de la Sierra de Madrid “José Saramago”, primer finalista en el certamen literario de relato corto sobre el agua (Aljarafesa) y finalista de la IV edición del premio de microrrelatos *Albasar* y ha sido **seleccionado** para publicación en el IV Concurso de relatos para leer en tres minutos "Luis del Val" y para el I concurso de vivencias Orola.

## Correo electrónico

[santiago64@eresmas.com](mailto:santiago64@eresmas.com)



**COPYLEFT:** Puede reproducirse en todo o en parte por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado o cualquier almacenaje de información o sistemas de recuperación, sea material, inmaterial o de cualquier manera, sin permiso escrito del autor, salvo cuando esté implicada, directa o indirectamente alguna actividad con fines, medios y/o principios de lucro.